



Federico Schiller, el poeta de la libertad

¿A QUÉ SE LLAMA Y CON QUÉ FIN SE ESTUDIA LA HISTORIA UNIVERSAL?

(UN DISCURSO ACADEMICO INAGURAL)

Honroso y placentero es para mí, honorables señores, el encargo de recorrer a vuestro lado un campo en el que tanta materia de enseñanza se ofrece a la meditante contemplación, que procura al diligente hombre de mundo un tal dechado de espléndida imitación, que abre al filósofo tan importantes ideas y luces y que establece indistintamente tantos veneros del más noble deleite: el campo vastísimo de la historia universal. El espectáculo que presentan los brillantes jóvenes a los cuales un noble afán de saber ha congregado aquí en torno mío, y entre quienes florece ya más de un poderoso genio para el tiempo por venir, me hace sentir muy grato mi deber, pero me hace asimismo experimentar intensamente la gravedad y la austeridad de éste. Cuando mayor es el don que os tengo de ofrecer – ¿y qué mayor regalo ha de otorgar el hombre a los hombres que la verdad?–, tanto más debo tener cuidado para que el valor del mismo no desmerezca entre mis manos. Cuanto más vivaz y prudente actúa vuestro espíritu en esta etapa de la vida que es la más propicia y feliz para vuestra auténtica actuación, y cuanto más rápidamente se inflaman vuestros sentimientos juveniles, tanto más intimidado al cabo me encuentro, pues debo evitar que este entusiasmo mío, que la verdad sola tiene el privilegio de despertar, en engaño e ilusión no disipe y prodigue inútilmente.

Fecundo y excesivamente amplio es el territorio que abarca la historia; dentro de

su círculo se halla todo el mundo mortal. La historia ha acompañado al hombre a lo largo de todas las situaciones que ha vivido, a lo largo de todas las mudables formas de opinión, al través de su locura y de su prudencia, de su empeoramiento y de su perfección; de todo aquello que el hombre se ha apropiado así como de todo lo que éste le ha aportado, tiene ella que rendir cuentas. No hay ninguno entre todos vosotros a quien la historia no tenga algo de imprudente que decir; mas aún, todos los diversos caminos de vuestro futuro destino se enlazan en alguna parte con ella; empero un destino común comparten además todos de parecida manera, el mundo –perfeccionarse en cuanto tales –, y para el hombre habla precisamente la historia.

Sin embargo, honorables señores, antes que pueda tomar tal empresa a mi cargo, con objeto de poder determinar más exactamente vuestras esperanzas respecto a los propósitos de vuestro empeño, e indicar la dependencia en que éste se encuentra en relación con la verdadera finalidad de vuestros estudios, no será superfluo para mí llegar antes a un acuerdo con vosotros sobre esta finalidad de vuestros estudios. Un ajuste previo de este problema, que me parece lo suficiente apropiado para dar comienzo a nuestra próxima reunión académica, me pondrá en condiciones de poder dirigir inmediatamente vuestra atención hacia el lado más estimable de la historia universal.

Distinto del plan de estudios que el erudito gana-pan se forja, del que delinea la cabeza filosófica. Aquel a quien únicamente le importa su actividad, y cuyo quehacer consiste sola y exclusivamente en esto, en cumplir con las cláusulas, entre las cuales se encuentra cubrir una plaza adecuada y sacar provecho de la misma, por este motivo únicamente pone en movimiento las fuerzas de su espíritu a fin de mejorar por este medio su situación material y satisfacer de paso su mezquina sed de gloria, no dará entrada en su carrera a académica a otras ocupaciones más importantes salvo a las de la ciencia, a las cuales llama actividades o estudios de pan-ganar, a fin de apartar de sí del modo más escrupuloso todos lo demás que al espíritu sólo como espíritu distrae. El mínimo tiempo que de su profesión dedicase a estos últimos creería estar hurtándolo a su futuro ejercicio, y este robo jamás se perdonaría así mismo. Organizará toda su actividad de acuerdo con los adelantos que le sean impuestos por los futuros jefes de su destino, y creará haberlo hecho todo cuanto haya sido capaz de no temerle a esta instancia. Una vez que ha alcanzado el objetivo deseado y a recorrido su curso, se libera de sus guideras; pues ¿qué objeto tendría, fuera de éste, molestarse todavía con ellas? Su mayor negocio será entonces alardear el amontonado tesoro que carga en la memoria, y prevenirse para que ésta no pierda mérito. Cada ampliación de su ciencia de gana-pan le desasosiega, porque le remite a un nuevo trabajo o porque le hace lo pasado inútil; cualquier importante innovación le asusta, pues rompe la rancia forma escolar que a él en lo particular fue tan penosa, y lo pone en peligro de perder todo el trabajo realizado hasta entonces. ¿Quién ha escrito más sobre los hombres reformistas que el montón de los sabios gana-panes? ¿Quiénes sino ellos precisamente impiden más el progreso de las provechosas revoluciones en el reino del saber? Toda luz que en cualquier saber es encendida por un genio afortunado, hace visible la insuficiencia del sabio gana-pan; de aquí que tales sabios peleen henchidos de resentimiento, de malicia, de astucia, y luchen con desesperación, con desconsuelo y despecho, porque con el sistema escolar que defienden pugnan al mismo tiempo por su total supervivencia. No hay por consiguiente, enemigo más implacable e irreconciliable, no hay meritorio más envidioso ni más solícito disidente que el sabio gana-pan. Cuanto menos le recompensa por sí mismo su

saber, tanta más remuneración y mayor reconocimiento exige de fuera; para juzgar el mérito del artesano y para opinar del mérito del ingenio, tiene solamente una medida: el trabajo. Pro eso nadie se le oye quejarse más de ingratitud que al culto gana-pan; no intenta buscar su paga en el tesoro de sus ideas, sino que espera el salario del reconocimiento ajeno, de los cargos honoríficos y de la colocación. Esto es lo que le hace fracasar, ¿y quién, pues, más desgraciado que él? En vano se ha desvivido, se ha desvelado y ha trabajado; considera haberse interesado inútilmente por la verdad, si la búsqueda de esta no se le trueca en oro, en alabanza periodística, a favor del príncipe.

¡ Deplorable hombre que, con las herramientas más nobles, la ciencia y el arte, a nada más elevado aspira y a ninguna otra máxima altura tiene la intención de llegar sino al salario de cada día, por demás ruin! ¡Desgraciado hombre que, bajo el imperio de la más cumplida libertad, carga castigo un alma esclava!

Todavía más deplorable resulta, con todo, el joven de genio cuya hermosura marcha natural es desviada hacia este triste descarrío por dañinos maestros y modelos, y que se ha dejado persuadir y atiborrar para su futura profesión con semejante pobre acribia; en él se despertarán en él se despertarán anhelos que ya no podrán ser satisfechos, y su genio acabará por rebelarse contra su triste suerte. Cuán mezquino le parece ahora todo lo que hace: no ve en sus obras ninguna finalidad y, por tanto, no puede soportar la inutilidad de éstas. Le oprime la fatiga y la nula significación de sus tareas, porque no puede oponerles el ánimo jovial que sólo acompaña a la razón serena, que únicamente va con perfección vislumbrada. Se siente amputado, arrancado de toda conexión con las cosas, puesto que ha dejado de entrelazar su actividad con la vasta totalidad del mundo. Tan pronto como el destello de una mejor cultura alumbra y descubre la desnudez del juriconsulto, comienza a dolerle a éste su ciencia jurídica, en lugar de que dicha luz le llevara a mejorar la insuficiencia de su plenitud inferior y le obligara a ser de nuevo creador de la cultura. El médico se evade de su profesión luego que importantes fracasos le muestran la incertidumbre de su sistema; el teólogo pierde la estimación que tenía por lo suyo tan pronto como se le tambalea la creencia que había depositado en la inhabilidad de su teoría.

¡ De qué modo tan distinto procede la cabeza filosófica! Al contrario del sabio gana-pan, que se empeña en separa y aislar su ciencia de todo lo demás, la mente filosófica, que no es menos cuidadosa de saber que el erudito del suyo, se esfuerza por ensanchar su territorio y por restablecer nuevamente la conexión con todo el resto (y digo restablecer porque solamente el intelecto es el que ha establecido límites y ha separado las ciencias). Allí donde el sabio gana-pan separa, el espíritu filosófico une. Muy pronto cayó en la cuenta de que en la región del entendimiento así como en la del mundo físico todo está entrecruzado, y de que su activa propensión a la armonía no podía compadecerse ni satisfacerse con fragmentos. Todos sus esfuerzos de su saber; su noble impaciencia no puede descansar hasta no quedar él situado en el centro mismo de su arte, de su ciencia, y poder examinar desde dicho punto central, con satisfecha mirada, todo el territorio en torno. Los nuevos descubrimientos que se llevan a cabo en el círculo de su actividad y que abaten al erudito gana-pan, exaltan al espíritu filosófico. Tales descubrimientos acaso rellenen el hueco que todavía había desfigurado la floreciente totalidad de su concepción, o aportarán quizás la clave que le faltaba para redondear y dar cima al cuerpo de sus ideas; pero si tales descubrimientos hubieran de quebrantar su concepción, por irrupción de un nuevo curso, de una nueva serie de ideas, la cabeza filosófica no titubeará en demoler toda la obra que sustenta su ciencia: el

espíritu filosófico ha animado siempre más a la verdad que a un sistema, y de buen grado permutará la antigua forma defectuosa por otra más bella y nueva. Todavía más, aun cuando ninguna acción o cambio exterior conmueva su sistema de ideas, está obligado a la perfección gracias a un eterno y poderoso impulso; de esta suerte el propio espíritu con su doctrina, se separará de ella para poder así reformarla más nueva y cabalmente. El espíritu filosófico avanza constantemente hacia hermosas y siempre más recientes formas de pensamiento, a las más exquisitas y elevadas excelencias se remonta; en tanto, el sabio gana-pan, víctima del eterno estancamiento de su espíritu, conserva siempre la infructuosa uniformidad y monotonía de sus nociones escolares.

No hay crítico más equitativo para el mérito ajeno que el espíritu filosófico. Así como es bastante ingenioso y perspicaz para sacar provecho de cualquier actividad, así resulta también bastante justo para honrar al autor del detalle más mínimo. Para él trabajan todos los ingenios; todos en cambio lo hacen contra el erudito del pan-ganar. Aquél está al tanto de todo lo que acontece y de todo lo que dentro de su dominio se piensa transformar (entre las cabezas pensantes lo que importa es la íntima comunión de todos los bienes del espíritu; lo que una de ellas adquiere en el imperio de la verdad lo gana para todas las demás); éste se precave y amuralla contra todos sus vecinos, a los cuales mira con ojos de codicia y a quienes envidia la luz y el sol, y vigila con cuidados los derruidos muros que sólo le defienden débilmente contra la razón victoriosa. Para todo lo que emprende tiene el sabio gana-pan que pedir de fuera, de los otros, el incentivo y la recompensa; en cambio el ingenio filosófico halla el premio y el estímulo en su actividad misma. No importa cuán entusiastamente pueda ensimismarse en su obra ni cuán vivo sea su fervor; tampoco importa cuán perseverantes sean su actividad y su ánimo, porque en él la labor se satisface con la labor misma. Bajo su mano creadora incluso lo pequeño gana en grandeza, puesto que él siempre tiene ante la vista lo grande, a cuyo servicio se encuentra; en oposición con esto, el docto gana-pan en lo grande sólo ve propiamente lo pequeño. Lo que distingue al genio filosófico no es lo que hace, sino cómo lo hace; no lo que maneja, sino como lo maneja. Dondequiera esté y actúe, se situará siempre en el centro de la totalidad; en la misma proporción en que se aleja de sus compañeros persiguiendo el objetivo al que le impele su actividad, se acerca a ellos y se interesa en sus cosas gracias a un operante y armónico entendimiento: los encontrará allí donde todas las claras inteligencias concurren.

¿Tendré que llevar todavía más adelante esta exposición, honorables señores, o puedo ya esperar que haya sido más que suficiente para determinaros a elegir modelo entre una y otra pintura de las dos que he presentado en el cuadro? De la elección que llevéis a cabo dependerá que el estudio de la historia universal pueda seros, recomendado o dispensado. Con la segunda solamente tengo que ver, porque en el esfuerzo que se realizara para hacer provechosa decisión primera podría la ciencia misma sobrepasar su elevado objetivo final, y ello equivaldría entonces a obtener una exigua ganancia mediante un sacrificio excesivo.

De acuerdo con vuestro punto de vista, según el cual se ha de decidir sobre la ciencia, en el tema que corresponde a la lectura de hoy me podré aproximar a la propia idea de la historia universal.

¿Los descubrimientos que nuestros navegantes europeos han realizado por lejanos mares y costas remotas, nos proporcionan justamente un ejemplo tan instructivo cuanto ameno. Pues estos descubrimientos presentan en torno a nosotros diversas tribus o pueblos, los cuales han sido calcificados según los más variados grados de

civilización; tales tribus vienen a ser como niños de distintas edades que estuvieran alrededor de un adulto, el cual recordase a la vista de ellos lo que él mismo no había sido antes y, por consiguiente, lo que había efectivamente realizado y llegado a ser. Parece como si una sabia mano los hubiera reservado estar bárbaras tribus, para que pudiéramos contemplarlas a partir del momento en que nuestra propia cultura había avanzado y madurado lo suficiente, de suerte que pudiéramos extraer un provechoso empleo para nosotros mismos y pudiésemos asimismo restablecer nuevamente, gracias a estos ejemplos, el periodo origen de nuestra sociedad. Pero ¡qué vergonzosa y triste es la imagen que nos proporcionan estos pueblos de nuestra infancia, pese a que el peldaño en el que se encuentran y sobre el cual los vemos no es, no con mucho, el que corresponde al primer escalón de la civilización! El hombre comenzó todavía más abyectamente. Nos encontramos ahora con tribus constituidas ya en pueblos, en cuerpos políticos; mas para que el hombre pudiese erigir una sociedad política, tuvo que realizar primeramente esfuerzos extraordinarios.

¿Qué es lo que nos cuentan ahora los escritores-viajeros, acerca de estos cuadros humanos? Unos cuantos los hallan sin el conocimiento de las artes más necesarias, sin el hierro, sin el arado; algunos otros hasta sin posesión del fuego. Más de un viajero los sitúa al mismo nivel de los animales salvajes por lo que tica a la alimentación y la vivienda; para otros muchos el lenguaje apenas si se eleva por sobre los sonidos animales a una comprensible lengua. Ni siquiera existía ese tan sencillo vínculo que es el matrimonio; no había ni la más ligera noción de propiedad. La remisa mente ni aun podía conservar en la memoria una especie de experiencia, pese a las que repetía cada día; sin el menor cuidado dejaba el hombre a los animales salvajes a la guarida en la que hoy durmieran, porque no se le ocurría que mañana tendría que dormir de nuevo. En cambio la guerra era de todos contra todos, y la carne de los enemigos vencidos no pocas veces era el premio de la victoria. Otras tribus, más familiarizadas ya con las comodidades de la vida, mostraban el elevado rango de civilización que habían alcanzado presentando una forma honrosa de esclavitud y de despotismo. Aquí se veía a un déspota africano tocar sus súbditos por un trago de aguardiente; allí degollaban a lo súbditos de otro sobre la fosa para que le sirvieran en el mundo subterráneo; acá la devota candidez se postraba ante un ridículo fetiche; allá se arrodillaba ante una horrible estantigua: el hombre se pinta en sus dioses. Tan profundamente le hunden y le pesan allá la esclavitud, la necedad y la superstición, como acullá le agobian mediante el otro extremo de la anárquica libertad, que así de mezquino era el hombre. Siempre dispuesto al ataque y a la defensa, el salvaje se espanta ante cualquier ruido y endereza sus temerosas orejas hacia la soledad; llama enemigo a todo lo que es nuevo para él, y ¡ay del extranjero a quien la tempestad arroje a sus costas! No verá a lo lejos humear ningún hospitalario hogar, ninguna dulce hospitalidad le servirá de alegría. Pero incluso allí mismo donde un hostil aislamiento obliga al hombre a elevarse y constituirse en sociedad y a pasar de la indigencia a la vida regalada, del temor a la alegría, ¡cuán extravagante y monstruoso se presenta a nuestros ojos! Su zafio gusto busca la alegría en el atolondramiento, la belleza en la caricatura, la celebridad en la exageración; su virtud nos provoca incluso horror, y lo que denomina su felicidad únicamente puede suscitarnos repugnancia o compasión.

Así fuimos nosotros. No mucho mejores nos encontraron César y Tácito hace dieciocho siglos.

¿Qué somos ahora? Permitidme que por un momento detenga en este siglo el cual

vivimos, junta a la forma presente del mundo que habitamos:

La actividad humana ha cultivado los campos y ha vencido con perseverancia y talento a la resistente tierra. Por aquí le ha ganado terreno al mar; por allí le ha dado agua a la tierra sedienta. Del mismo modo que transportó la Europa a las indias Occidentales y a los mares del Sur, se ha permitido hacer resurgir el Asia en Europa. Un cielo sereno ríe ahora sobre los bosques germanos, a los cuales hizo pedazos en tal forma la fuerte mano del hombre, que los rayos del sol se abrieron paso y permitieron que sobre ondas del Rhin se reflejen actualmente las vides del Asia. A orillas de este río se levantan populosas ciudades y bullen por doquier en alegre animación el trabajo y el provecho. Aquí encontramos al hombre en plena y pacífica posesión de sus ganancias y sin que un solo vecino le quite el sueño. La igualdad que perdió por su ingreso en la sociedad la ha reganado por medio de sabias leyes. Ha dejado las ciegas fuerzas de la fortuna y la necesidad para acongojarse en el muelle dominio del pacto; ha abandonado la libertad del animal carnicero para poner a salvo la noble libertad del hombre. Sus cuidados se han repartido y sus actividades dividido de un modo beneficioso para él. La imperiosa necesidad que le impone la reja del arado ya no le fuerza a abandonar la patria y el hogar; por causa y gracia del arado ya no le reta ningún enemigo al campo de batalla. Con los brazos del campesino hinche el hombre sus trojes, y con las armas del guerrero protege su territorio. La ley vela su propiedad, y el inestimable derecho le instala por sí mismo a no apartarse de su deber.

¡ Cuántas creaciones del arte, cuántos prodigios de la acción, cuánta luz en todos los campos del saber desde que el hombre no tuvo ya que gastar inútilmente sus fuerzas en aflictiva autodefensa, desde que se resignó con gusto a tener que avenirse con la necesidad, de la que nunca podrá escapar, y desde que consiguió el preciosos privilegio de ordenar con libertad su capacidad y seguir el llamado de su genio! ¡Cuánta animada actividad por todas partes luego que los múltiples anhelos dieron nuevas alas al talento y abrieron los nuevos espacios a la aplicación! Las barreras que separaban con hostiles egoísmos a los Estados y naciones, son derruidas. Todas las cabezas pensantes están ahora ligadas por un vínculo cosmopolita, y toda la luz de su siglo puede iluminar actualmente el genio de un nuevo Galileo y el ingenio de un nuevo Erasmo.

Desde que las leyes descendieron al nivel de las flaquezas del hombre, éste afrontó también las leyes. Con ellas ha llegado a ser más pacífico, pero también con ellas se ha embrutecido muchas veces; los bárbaros castigos que siguen a sus bárbaros crímenes poco a poco van cayendo en el olvido. Un gran paso se ha dado en el camino de la perfección; que las leyes sean virtuosas aunque no lo sean todavía los hombres. En donde por causa del hombre se aflojan y ceden los forzosos deberes, las costumbres intervienen. Al que no le aterra ningún castigo ni le refrene su conciencia, le tiene ahora a raya las leyes de la decencia y del honor.

Cierto es así mismo que en nuestra época quedan aún algunos de los bárbaros y violentos residuos del pasado, criaturas del azar y de la violencia que la era de la razón no debería eternizar. Pero ¡cuánto provecho ha sacado también la inteligencia del hombre de esta bárbara herencia de los siglos antiguos y medios! ¡Qué necia así como inútil y frecuentemente ha llevado a cabo el hombre lo que no podía ni aventurarse a derribar! Sobre el suelo rudo de la anarquía feudal, construyó Alemania el sistema de su libertad política y religiosa. La sombra de los emperadores romanos, la que se conserva aquende los Apeninos, rinde ahora infinitamente más beneficios al mundo que su tímido original de la antigua Roma, pues mientras éste comprimió las más eficaces fuerzas de la humanidad en una

deprimente uniformidad esclavista, aquélla mantiene reunidos los estados en un provechoso sistema por medio de la unión y de la concordia. Cosa parecida ocurrió con nuestra religión (tan desfigurada como está por las infieles manos a través de las cuales nos ha sido transmitida). ¿Quién tan ignorante para no percibir en ella el ennoblecedor influjo de la mejor filosofía? Nuestro Leibniz y Locke han hecho por dogma y tan justa y meritoriamente como lo hicieron los pinceles de un Rafael y de un Correggio por la historia sacra.

Finalmente nuestros Estados, ¿con qué arte, con qué cordialidad están entrelazados unos y otros! ¿No se encuentran en la actualidad más duramente unidos gracias a la benéfica fuerza de la necesidad, antes cuando lo estaban y se hermanaban por medio de los más solemnes tratados? A la paz vela hoy día una eterna y recia guerra, y el egoísmo de un estado se halla en guardia vigilando y preservando la prosperidad de los otros. El conjunto de las naciones europeas parece haberse transformado en una gran familia. Los convecinos pueden enemistarse, pero ya no se de esperar que se desgarren.

¿Qué cuadro tan distinto! ¿Quién podría conjeturar, viendo a los refinados europeos del siglo XVIII, que fueran únicamente adelantados hermanos de los indios canadienses de nuestros días o de los antiguos celtas? Todas estas habilidades, experiencias e instintos artísticos, todas estas creaciones de la razón, han sido cultivados y desarrollados en el hombre en un espacio de tiempo de pocos milenios; todas estas maravillas del arte, todas estas obras gigantes de la diligencia, han salido de él. ¿Qué fue lo que le despertó a la vida, qué lo que le atrajo? ¿Por qué situaciones tuvo que pasar para saltar de esta a aquel extremo? ¿Por cuáles atravesó para, de insociable habitante de las cavernas, convertirse en un ingenioso pensador? ¿Por cuáles hasta ascender a civilizado hombre de mundo? La historia universal da respuesta a estas preguntas.

Tan inconmensurablemente distinto se nos muestra el propio pueblo que ha vivido y vive aún sobre un mismo territorio, cuando lo contemplamos a lo largo de diversas épocas, como sorprendente es la diferencia que nos presenta la familia contemporánea en los diversos países. ¿Qué variedad de costumbres y usos! ¿Qué rápidas alternativas y mudanzas entre la oscuridad y la luz, entre la anarquía y el orden, entre la felicidad y desdicha, nos encontramos asimismo con sólo que rebusquemos en la pequeña parte del mundo que es Europa! Libre es el hombre a orillas del Támesis, y de esta libertad es su propio deudor; indomable aquí entre sus Alpes e invencible más allá entre sus canales y pantanos. Acomodado y próspero en Ámsterdam, sin mendigos; indigente y desdichado en el Ebro, paraíso desaprovechando. Aquí, des naciones alejadas y separadas por un océano han llegado a ser vecinas por necesidad, industria y lazos políticos; allí, los habitantes que viven a entrambas orillas de un río se hallan infinitamente separados a consecuencia de liturgias diferentes. ¿Qué Fue lo que llevó al poder español por sobre el océano hasta el corazón de América, antes que más allá del Tajo y del Guadiana? ¿Qué lo que mantuvo en Italia y Alemania tantos tronos, y Qué lo que determinó en Francia la desaparición de tantos otros hasta no quedar sino uno? La historia universal resuelve estas cuestiones.

El hecho mismo de que nos encontremos juntos en este momento, y de que podamos encontrar reunidas aquí tales costumbres y tales ventajas ciudadanas junto con un cierto grado de cultura nacional y una cierta lengua, e incluso de que podamos sumar a todo esto aquella extensión de libertad de conciencia, es tal vez resultado de todos lo acontecimientos precedentes que han tenido lugar en el mundo; cuando menos, sería preciso explicar toda la historia universal por medio

de este motivo singular: que para que en calidad de cristianos nos encontremos juntos, tuvo la religión de Cristo que nacer del judaísmo al través de innumerables revoluciones previas, y le fue preciso encontrar al Estado romano tal como lo encontró para difundirse presurosamente por el mundo, y poder finalmente llegar hasta el trono de los césares. Nuestros rudos antepasados tuvieron primero que ser derrotados por los francos en las selvas de Turingia, para aceptar otra creencia. Por sus riquezas siempre en aumento y por la ignorancia del pueblo el clero hubo de pervertirse, y favorecido por la debilidad, transformando así su suave influjo en las conciencias en una espada mundanal. Fue preciso que la jerarquía de un Gregorio y de un Inocencio vertiera todo su horror sobre el género humano, y que la corrupción creciente y el escándalo clamoroso del despotismo espiritual provocase a un denotado monje agustino a dar la señal de apostasía y a arrebatarse al jerarca de Roma una media Europa, para que llegara a ser posible que como cristianos protestantes nos reuniéramos aquí. Para que esto último pudiera suceder, fue también preciso arrancar a las armas de nuestro príncipe Carlos V una paz religiosa; un Gustavo Adolfo tuvo que vengar la quiebra de esta paz, para que otra nueva y universal, de siglos, quedara establecida. Para que la industria y el comercio florecieran y la opulencia despertara las artes del deleite, para que el Estado tuviera que honrar al labrador y en la benéfica clase media (creadora de nuestra cultura) se pudiera ir madurando una felicidad duradera para el género humano, fue menester que las ciudades de Italia y Alemania se levantasen, abriesen sus puertas a la actividad, rompiesen las cadenas de la servidumbre, arrebatasen de las manos de los tiranos la vara de la justicia y se hicieran respetar por medio de una liga guerrera (Hansa). Los emperadores alemanes hubieron de debilitarse tras la propagandas luchas que sostuvieron durante siglos contra los papas, contra sus vasallos y contra sus celosos vecinos (así pudo Europa descargarse de su peligroso derroche en los sepulcros de Asia, y pudo asimismo debilitar el espíritu de rebeldía de la obstinada feudalidad –cuyas relaciones funcionaban por medio del homicida derecho del más fuerte –, gracias a las expediciones contra Roma y gracias a las cruzadas y peregrinaciones), para que a la postre se hiciera la luz, y hubiera orden en el embrollado caos, y se lograra de esta suerte que los beligerantes poderes del Estado pudieran descansar en el consagrado equilibrio; de donde nuestro tiempo presente es el premio. De la misma manera que nuestro espíritu tuvo que pugnar contra la ignorancia que lo mantuvo encadenado, hubo el germen de la sabiduría, que por mucho tiempo había sido sofocado, de luchar hasta brotar de nuevo bajo la presión de sus más furibundos perseguidores. Un Al Mamún tuvo así que compensar a la ciencia del saqueo a que la había sometido un Omar. La insoportable mezquindad de la barbarie hubo de iniciar nuestros procedimientos jurídicos, hasta lograr pasar de las sangrientas ordalías a los tribunales judiciales; epidemias devastadoras estimularon en el arte médico el hábito de observación de la naturaleza; la ociosidad de los monjes fue preparando desde bien antiguo una compensación para el mal que la inactividad producía. Y en los restos desordenados de las actividades profanas de la edad de Augusto. El espíritu oprimido de los bárbaros hubo de educarse de acuerdo con los modelos griegos y romanos, y la sabiduría concertó una alianza con las musas y las gracias cuando se halló un camino que iba en derechura a los corazones y los hombres se hicieron dignos de la reputación acordada a la imagen humana. Pero ¿no tuvo ciertamente Grecia un Tucídides, un Platón y un Aristóteles, y roma no tuvo, en efecto, un Horacio, un Cicerón, un Virgilio y un Tito Livio, cuando todavía no se habían elevado a aquella altura de prosperidad política a la que realmente habían de

subir? En una palabra. ¿No los tuvieron cuando su historia no había aún del todo transcurrido? ¿Cuántas revoluciones religiosas, cuántos inventos y descubrimientos y cuántas edades tuvieron que concurrir para dar crecimiento y difusión a esos nuevos e incluso delicados brotes de arte y sabiduría? ¿Qué tantas guerras han tenido que hacerse y cuántas alianzas fueron rotas y luego restablecidas para traer finalmente a Europa el principio de la paz, que permite por sí solo a las naciones así como a los ciudadanos dirigir su atención sobre ellos mismos y facilita también la unión de sus fuerzas para llevar a cabo un sensato propósito?

Ni incluso en diarios ejercicios de la vida civil podemos dejar de reconocernos deudores de las antiguas ideas; los más heterogéneos períodos de la humanidad rigen nuestra cultura, así como las partes más distantes del mundo contribuyen a nuestro lujo. ¿Los trajes que vestimos, las especias que utilizamos en nuestras comidas, el metal mediante el cual las adquirimos, muchos de nuestros más eficaces recursos medicinales e incluso tantos nuevos instrumentos de nuestra ruina, no presuponen a un Colón que descubrió a América, a un Vasco de Gama que dobló el cabo de Buena Esperanza? ?

Una larga cadena de acontecimientos se remonta desde la ojeada presente hasta arribar a los orígenes de la humanidad, y tales sucesos se encuentran entre sí relacionados como causa y efecto. Solamente la infinita razón, a la cual los hombres han puesto límites, puede abarcarlos entera y completamente con una mirada. I) Muchos de estos innumerables acontecimientos o bien no han encontrado ningún testigo humano, ningún observador que los registre, o bien no han sido conservados firmemente mediante alguna señal o indicio. Todos estos acontecimientos perdidos corresponden a los que son anteriores al propio género humano y a la invención del dibujo. La fuente de la historia es la tradición, y el órgano de la tradición es el leguaje. Toda la época anterior a la aparición del lenguaje, no importa cuánta trascendencia haya también tenido para el mundo, se ha perdido para la historia universal. II) Más tarde, empero, el lenguaje fue inventado, se presentó la posibilidad de expresar y más adelante participar las cosas que sucedían, y comenzó así la comunicación por medio del inconsistente e inseguro camino del habla. De boca en boca se propagó este acontecimiento a lo largo de una serie de generaciones, y cuando pasó tal fenómeno al través de la Media, las generaciones se transformaron y lo transformaron; de este modo tuvo también él que sufrir cambios. La tradición viva u oral es por consiguiente una fuente de muy poca confianza para la historia; de aquí, pues, que todos los sucesos anteriores al uso de la escritura se consideren igualmente perdidos para la historia universal. III) Pero la propia escritura no es eterna, el tiempo y el acaso han destruido innumerables memorias de la antigüedad, y solamente se han podido poner a salvo algunas ruinas del mundo prehistórico en los tiempos del arte de la imprenta. Con todo, la mayor parte se ha perdido para la historia universal con las explicaciones que nos han dado. IV) Finalmente, de entre los pocos restos que el tiempo ha perdonado, el mayor número ha sido deformado y vuelto incognoscible por efecto de la pasión, por causa de la irreflexión e incluso frecuentemente a consecuencia del genio de su descriptor. La desconfianza aparece y nos asalta ya frente al más viejo monumento histórico, y no nos abandona ni siquiera ante una crónica de nuestros días. Si acerca de cualquier suceso que ha ocurrido hoy, entre los hombres con los cuales convivimos y en la ciudad misma que habitamos, interrogamos a los testigos y de sus informes contradictorios tenemos que tomarnos el trabajo de adivinar la verdad, ¿qué valor podremos dar a las naciones

y a las épocas, las cuales por la heterogeneidad de las costumbres más que por sus milenios están tan distantes de nosotros? La pequeña suma de acontecimientos que, después de todo, constituye hasta ahora la partida de lo sucedido, de lo que queda atrás, es, en su más amplio sentido, la estofa de la historia. Empero ¿cuánto y qué de esta histórica materia permanece ahora a la historia universal?

De la suma total de estos acontecimientos, extrae y fija la historia universal aquellos que sobre la forma presente del mundo y sobre la situación de la generación actual han tenido un esencial, incontestable e incluso fácil y perseverante influjo. Por consiguiente reunir materiales para la historia universal es, y así es preciso verlo, establecer la relación que guarda el dato histórico respecto a la situación presente del mundo. La historia universal surge por tanto de un principio, principio que es precisamente contrario al origen del mundo. La serie real de los acontecimientos desciende desde el comienzo de las cosas a su orden más reciente; el historiador universal avanza, por el contrario, hacia arriba, desde la situación política más nueva al encuentro del origen de las cosas. Cuando desde el año y el siglo que van pasando el historiador se remota con el pensamiento al que considera más próximo, y entre los acontecimientos que este último le ofrece presta atención a los que arrojan cierta luz sobre los sucesos precedentes, y prosigue paso a paso esta marcha hasta llegar al comienzo, no del mundo, por que hasta allí no lo lleva ningún hito, sino de los recuerdos, entonces, una vez realizado esto, es cuando se encuentra en condiciones de desandar el camino sin trabajo, y con la guía que le proporcionan estos hechos determinados comienza a descender fácilmente desde dicho origen de los recuerdos hasta llegar a la época más reciente. Esta es la historia que tememos y que os expondré.

Como la historia depende de la riqueza y de miseria de las fuentes, cuando hay trechos vacíos en la tradición se originan igualmente muchos huecos en la historia universal. Si las mudanzas en el mundo se desarrollan y transcurren de un mundo uniforme, necesario y preciso, en la historia se encuentran reunidos tales cambios de una manera intermitente y causal. Así pues, entre la marcha del mundo y la marcha de historia universal existen evidentemente un desequilibrio perceptible. Aquella se podría comparar con una corriente constante e ininterrumpida en la que sin embargo, la historia universal iluminase por aquí y por allá sólo una que otra onda. Así como puede fácilmente suceder que la conexión de un alejado acontecimiento del mundo con la situación del año en curso hiera antes la vista que la relación en que está el acontecimiento lejano respecto a los sucesos que le fueron contemporáneos o que le precedieron, así puede también inevitablemente que los sucesos lejanos que más exactamente se relacionan con la época más reciente, en el tiempo al que ellos propia mente pertenecen aparezca no pocas veces aislados. Un hecho de que esta clase sería, por ejemplo, en el nacimiento del cristianismo, y el de la moral cristiana especialmente. La religión de Cristo tiene en la presente situación del mundo una participación tan múltiple, que su aparición es el hecho más trascendente de la historia universal; pero ni la época en que ella apareció ni en el pueblo en que tuvo lugar su nacimiento se encuentra, por falta de fuentes, una explicación satisfactoria sobre su advenimiento.

Siendo así, nuestra historia universal jamás llegaría tal vez a ser otra cosa sino un agregado de fragmentos, y nunca lograría merecer el nombre de ciencia. Por consiguiente viene entonces en su ayuda el espíritu filosófico, y en tanto que encadena estos fragmentos por medio de artificiosos eslabones, eleva el agregado a sistema, a una totalidad por completo racional y coherente. A tal efecto, el ánimo filosófico encuentra la confirmación y legalización de su proceder está en la

invariable unidad y regularidad de las leyes de la naturaleza y del carácter humano; que la unidad es la que hace posible que los sucesos de la antigüedad más remota se repitan en nuestro días bajo la confluencia de parecidos factores externos; de aquí, pues, que de los fenómenos más recientes que están en el círculo de nuestra observación se puedan extraer y esparcir alguna luz sobre aquellos otros que se pierdan hacia atrás en un tiempo sin historia. El método a emplear de acuerdo con la analogía es, así en la historia como en otras disciplinas, un poderoso medio de ayuda; pero debe ser justificado por un importante propósito y puesto en práctica con tanta prudencia como juicio.

Como el espíritu filosófico no puede demorarse mucho tiempo en la materia de la historia universal, u nuevo impulso, que aspira a la armonía, obrará en él y le excitará irresistiblemente a asimilar para sí todo lo que encuentre en torno a su propia razonable naturaleza, y le estimulará asimismo a elevar el pensamiento todo fenómeno que para él sea patente, a la suma consecuencia que sea capaz de discernir. Cuanto más frecuentes y con más felices resultados reitera el experimente, vincular el pasado con el presente, tanto más se siente inclinado a enlazar como medio y fin lo que él percibe como causa y efecto engranados. El espíritu filosófico comienza arrebatarse un fenómeno tras otro a la ciega contingencia de la anárquica libertad, y se dedica a soldarlos en una armoniosa totalidad (esto, naturalmente, sólo en su mente) como si fueran apropiados eslabones. Bien pronto le cuesta trabajo persuadirse de que esta sería de fenómenos (cuya regularidad así como intención admitió) desconoce estas cualidades en la realidad; nuevamente le cuesta trabajo tener que dejar, obligado por el ciego imperio de la necesidad, lo que abajo la prestada luz de la razón había empezado a ganar de una manera tan satisfactoria. Saca, pues, de sí esta armonía, y la trasplanta al orden de las cosas; a saber, proyecta un razonable designio en la marcha del mundo y un teológico principio en la historia universal. Acompañado de este principio peregrina de nuevo por la historia, y lo pone a prueba ante cada fenómeno que le ofrece este gran teatro. Lo ve como probado a través de millares de hechos decisivos, y lo ve a la par desmentido por otros muchos; pero considera el problema indeciso, y hará triunfar una opinión que es para la razón la satisfacción máxima y para el corazón el sumun de la felicidad: que en tanto que el orden del mundo no se disponga de suficientes e importantes vínculos de relación, quedará oculta la última explicación de muchos hechos.

En primer lugar, es de esperarse que no se necesitará ciertamente ninguna advertencia para que una historia universal, concebida de acuerdo con el último plan, intente llegar hasta las épocas más remotas. Pero un precipitado empleo de esta gran masa podría llevar con facilidad al historiador a la tentación de forzar los acontecimientos y alejar esta feliz época siempre tanto más allá de la historia universal cuanto más quiere acercarla. Tampoco puede dirigirse prematuramente la atención sobre este otro luminoso y no obstante descuidado aspecto de la historia universal, por medio del cual se entra en relación con el objeto supremo de todas las aspiraciones humanas. La tranquila mirada sobre este posible objeto debe no sólo procurar un vivificante acicate a la actividad del investigador, sino también proporcionarle un dulce deleite. Para él será importante asimismo el menor esfuerzo (ya sea que él vigile el camino, ya que guíe a su sucesor) que se haga para resolver el problema del orden mundial y para encontrar al más elevado espíritu en su más hermosa acción.

Y de este modo, mis honorables señores, el estudio de la historia universal os proporcionará individualmente una ocupación tan atractiva cuando útil. En

vuestra razón brillará la luz y en vuestros corazones prenderá un entusiasmo bienhechor. El estudio de la historia desterrará de vuestro espíritu la común y mezquina idea del hecho moral, y en ese momento desplegará ante vuestros ojos el gran cuadro de los tiempos y de los pueblos; corregirá las precipitadas decisiones del momento y los limitados juicios del egoísmo. Así como por medio del estudio de la historia se acostumbra a los hombres a resumir todo el pasado y adelantarse al lejano porvenir en las conclusiones, así también el estudio oculta los límites de nacimiento y mortaja que ciñen tan apretadamente la vida del hombre, pues despliega óptica y engañosamente su breve existir en un infinito espacio, y lleva inadvertidamente al individuo más allá de la especie.

El hombre se transforma y huye del teatro histórico; sus opiniones escapan y cambian con él: solitaria, la historia permanece sin cesar sobre la escena, ciudadana inmortal de todas las naciones y de todas las épocas. Como el Zeus homérico, deja igualmente caer su serena mirada sobre las sangrientas de la guerra como sobre los pueblos pacíficos que se sustentan inocentemente con la leche de sus ganados. No importa cuán irregularmente parezca intercalarse la libertad del hombre en el curso del mundo, pues ella contempla tranquilamente el embrollado juego, y su amplia mirada descubre ya desde lejos hacia dónde enfila esta desordenada y vagabunda libertad, sierva de la necesidad. Lo que oculta la represiva conciencia de un Gregorio y de un Cromwell, se apresura la historia a ofrecerlo a la humanidad: “que el egoísta hombre puede ciertamente perseguir viles propósitos, pero que favorece viles involuntariamente excelentes designios”. Ninguna falsa apariencia la deslumbrará, ningún prejuicio del tiempo se apoderará de ella. Todo lo que principia y acaba, todo ha subsistido para ella brevemente: guarda fresca la benemérita guirnalda de olivas y quiebra los obeliscos erigidos a la vanidad. Así como la historia nos muestra el fino mecanismo con que la silenciosa mano de la naturaleza desarrolla plenamente las fuerzas del hombre ya desde el comienzo del mundo, y nos indica con precisión lo que en cada espacio de tiempo ha sido ganado por este gran plan de la naturaleza, así también restablece la verdadera medida para la felicidad y para el mérito, a los cuales falsearía de otro modo la opinión dominante en cada centuria. Nos cura la historia de la exagerada admiración por la antigüedad y de la infantil añoranza por los tiempos idos; y mientras nos vuelve atentos a nuestro propio patrimonio, nos hace asimismo no echar de menos las celebradas edades áureas de Alejandro y de Augusto.

Para producir nuestro humano siglo se han esforzado –sin saberlo– todos los precedentes. Nuestros son todos los tesoros de actividad, de genio, de razón y de experiencia que han acompañado perseverantemente la larga edad del mundo. Únicamente por la historia aprenderéis a estimar estos bienes cuya posesión y empleo tanto despiertan nuestra gratitud: ¡costosos, caros bienes que con la sangre de los mejores y más nobles han sido pagados, y que al través de las arduas tareas de tantas generaciones han debido ser conseguidos! ¿Y quién de entre vosotros, en el que un claro espíritu esté aunado a un sensible corazón, podrá traer a la memoria este elevado empeño sin que le mueva un profundo anhelo: pagar a las generaciones venideras la deuda que ya no se puede satisfacer a las pasadas? Un noble deseo debe hacernos ruborizar ante el opimo legado de verdad, de moral, y de libertad que recibimos de nuestros mayores, y que acrecentado tenemos que devolver a las generaciones futuras; asimismo debemos imponer una contribución a este acervo, de acuerdo con nuestros medios, y en esta imperecedera cadena constituida por todo género humano, afirma así nuestra fugaz existencia. De qué

manera y cómo será diferente la sociedad futura que os aguarda, dependerá tal vez, en parte, de vosotros. Para todo mérito hay un camino abierto hacia la inmoralidad, a la auténtica inmortalidad, creo yo, donde la hazaña subsiste y vuela más lejos, aunque el nombre de su autor pueda quedarse a la zaga.